

El día doce

PAOLA SCHMITT

Cuando vi la primera supe que las cosas irían a peor. Cuando las vi marchar en fila supe que era el final.

Todo comenzó el primer día de la temporada de lluvias, corrí a casa chorreando agua y saltando por los charcos, era de esperarse que empezara a llover de un momento a otro, una semana atrás los guayacanes habían estado en flor, pero esa tarde la lluvia nos tomó a todos por sorpresa. Subí las escaleras maldiciendo a cada peldaño y dejando rastros de agua a mi paso. Al llegar ante mi puerta saqué las llaves y éstas resbalaron de mis dedos hasta caer con estrépito. No fue sino entonces, mojado y sudoroso, que llegué a mi cuarto de baño y, apoyando mis manos en el lavabo, contemplé mi demacrada imagen en el espejo.

Mirando hacia abajo a través del reflejo la vi. Ahí estaba. Pequeña, casi inexistente. Pero ahí. Corriendo de un lado a otro sin rumbo por todo el lavamanos. La miré acercarse a mis dedos, un escalofrío de repulsión recorrió todo mi cuerpo y me eché hacia atrás controlando una arcada. Doblándome, con una mano sobre el estómago y la otra cerrando mi boca, seguí su rumbo hasta que se perdió por uno de los tres huecos debajo de la llave, imaginarla bajando por los caños consiguió que un sabor

a amarga bilis inundara mi boca.

Tropezando salí del baño apagando la luz tras de mí, como si la oscuridad fuera un hoyo negro galáctico que desapareciera todo. Me senté horrorizado en mi cama frente al baño sin perder de vista su puerta, estrujando mi cerebro y mordiéndome las uñas. Una epidemia. Una peste. Palabras e imágenes apocalípticas inundaban mi cabeza. Así comenzaba siempre, mandaban a la primera exploradora y después se apoderaban de todos los espacios sin olvidar nada ni nadie. Levanté los pies y me puse en cuatro patas sobre la cama, examinando con los ojos bien abiertos desde las alturas la posibilidad de que estuvieran explorando mi habitación además de mi baño, para tomarme a mí y, sin respeto ni compasión, exiliarme de mi propia casa.

La noche se me hizo eternamente larga, arropado hasta las orejas no podía dejar de pensar en ella, ahí en mi baño, surcando sus cañerías y mis secretos. Pensé en mi cepillo de dientes y la imaginé trabajosamente moviéndose sobre sus cerdas. Sin poder evitarlo, escupí. Recordé el frasco de laxantes y el del enema y se me subieron los colores, sentía mi intimidad invadida y pública. Comencé a sudar pero no me atrevía a dejar mi sábana protectora. Entonces la sentí

por mis pies. Salté quedando de pie sobre la almohada de un solo brinco. Pegado a la pared tanteé y encendí la luz. Nuevamente me puse en cuatro patas sobre mi cama y pegando mi cara al colchón hice un examen minucioso de mi lecho. No había ninguna, pero juro que la sentí. Volví a arrojarme dejando la luz prendida y sin perder de vista la puerta del baño.

En algún momento finalmente me dormí porque la luz del alba ya se alojaba en mi cuarto cuando desperté. La recordé y quedé automáticamente despierto, con un nudo en mi estómago y mi frente contraída de la preocupación. Tenía que reunir el valor de llegar a ella y matarla, antes de que diera la voz de alerta a las demás y dieran por propio mi hogar. Mirando con detenimiento a mi alrededor, lentamente me fui acercando, la luz que entraba por la ventana del baño me libraba de tener que adentrarme a tientas. Escondiéndome tras el marco de la puerta asomé media cara. No la vi. Eso me armó de valor y entré al baño para estudiar el lavabo. Inspeccioné detalladamente y no la encontré por ningún lado, hasta que la vi. Ahí estaba. Recorriendo mi hilo dental. Sentí coraje y fuerza renovada y decidí matarla pero, la visión de pasarle el dedo o la mano por encima me dio tal asco que las piernas se me aflojaron, me sostuve del lavamanos y pasó lo peor: vi otra. Alegrementemente se paseaba de un lado a otro como quien está de picnic dominical y el baño comenzó a dar vueltas. Caí al piso inconsciente.

Volví en mí con la cara pegada a las baldosas frías y me arrastré fuera del baño atemorizado de pensar que pudiesen haberseme subido mientras yacía en el suelo. Trepé a mi cama sin tocar la alfombra y nuevamente comencé a concentrarme en la puerta del baño. La barba me estaba creciendo y me picaba la cara, me rasqué una y otra vez, sin prisas, con los codos apoyados en mis rodillas me rascaba los pelos salientes en letanía de rosario. Con

los ojos muy abiertos y enrojecidos estudiaba la entrada a mi sanitario y solo parpadeaba cuando me escocían. Estaban ahí, lo sabía, haciendo fiesta con mis cosas y burlándose de mí. Casi podía oír su risa diminuta, diminuta como ellas mismas. Me arrinconé y comencé a balancearme mientras me agarraba los pies.

La habitación hedía, llevaba dos días orinando en el basurero. Cualquier cosa con tal de no entrar al baño. Había hecho mis incursiones en las cuales, de puntillas y sin dejar de controlar con la mirada a mi alrededor, me acercaba al marco de la puerta y las estudiaba. Todavía eran solo dos, no sé si las mismas, pero creo que sí. No se habían ido porque disfrutaban torturándome al recorrer todas mis pertenencias. Iban y venían, subían y bajaban, sólo muy de vez en cuando se ponían una frente a la otra y se hablaban moviendo sus inmundas antenas. Con pánico de que pudiesen hablar de mí, corría de vuelta a agazaparme en mi cama, sudando, añadiendo mi olor rancio a la hediondez del cuarto pero imposibilitado para ducharme en mi baño.

Vivía en condiciones infrahumanas, sin comer ni dormir, con sed pero evitando beber para no verme obligado a librar mis líquidos en nuevos recipientes. El basurero rebosaba. Hubiera querido salir, pero sé que es lo que querían, que saliese de mi casa y apoderarse de ella, invadirla y posesionarse de todo lo poco que es mío. Así que me dediqué a montar guardia y mantener mis escaramuzas de espionaje desde el marco de la puerta. Ya eran más de cuatro, daban vueltas en desorden y acampaban donde mejor les venía en gana. De vez en cuando desaparecían por aquel primer hueco de cañería y el terror me hacía retroceder. Terror a que salieran nuevamente acompañadas de miles de ellas y se expandieran desde ese orificio por el lavamanos cubriendo sin dejar espacio libre las paredes de mi baño, desplazándose a mi cuarto por muros, techos

y suelo para ahogarme posteriormente en mi cama. Tenía que estar alerta, tenía que estar preparado para hacerles frente.

Los vecinos venían de vez en cuando y tocaban la puerta preguntando por mí a voces, que si estaba bien y si no se me había muerto algo ahí dentro, que el olor se extendía por la escalera. A gritos les contestaba que me dejaran en paz. Supe que ellos estaban confabulados con ellas, querían sacarme de mi casa, querían que les dejara mi cuarto y apoderarse de él y de todo cuanto contiene. Cada vez veía las cosas más claras, cómo no me había dado cuenta antes. Todos a mi alrededor conspiraban contra mí y cobardemente las mandaban a ellas para echarme poco a poco, por mis propios pasos, para que pareciera idea mía. El mundo se hace sofocantemente pequeño cuando se va cerrando sobre uno.

Mi cama era mi cuartel, desde ahí no dejaba de mirar fijamente la puerta del baño. Ya no me quedaban uñas que morder, había acabado hasta con las de los pies, así que mordisqueaba mis sangrantes cutículas sin perder la concentración en la puerta. Me había memorizado los pasos que llevaban al baño, las rendijas y el relieve del marco de la puerta, casi podía prever el trayecto irracional de ellas sobre el lavabo. Tenía la situación más controlada de lo que se imaginaban, pensaron mal cuando creyeron que podrían conmigo. A esas alturas ya debían saber que yo era un contrincante difícil, que no iba a salir en retirada con el rabo entre las piernas cediendo mi territorio. Cada

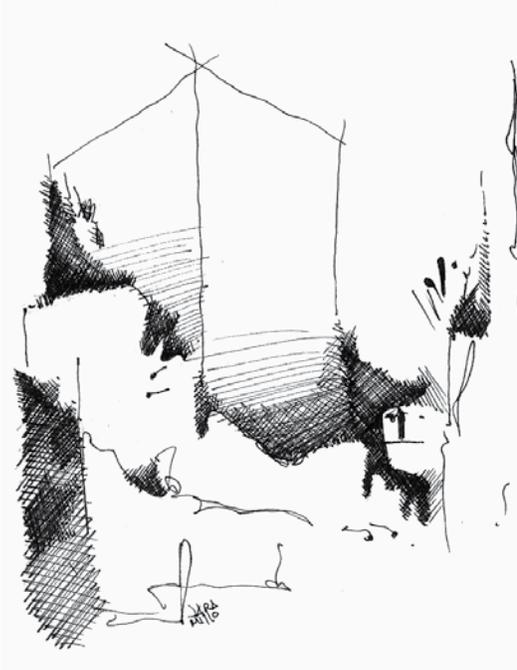
vez más a menudo el que se reía era yo. No podía evitarlo, saber que dominaba la situación tan bien desde mi posición me producía ataques de risa incontrolables.

Ese día desperté con la boca pastosa y los ojos llenos de legañas, me senté en la cama y

mientras me los rascaba la situación me pareció lunática, desmedida, sin sentido. Pero poco me duró. Mis temores venían a hacerse realidad. El día doce vi cómo una se aventuraba fuera del baño. Cautelosamente evaluaba el nuevo terreno que se abría ante sus antenas y me miraba luego fijamente. Quedé paralizado sudando a mares.

Había acercado las sillas para hacer un camino elevado desde la cama al baño. Las vi organizarse.

Supe que esa era la batalla final. Desde la mañana habían dejado sus paseos irregulares. Las hormigas se alinearon en una nueva marcha en fila. Aceptar mi derrota no fue fácil, sentí todo el peso de la atmósfera y el universo sobre mis hombros. No iba a dejar que me vieran correr por la puerta de salida y que los vecinos se supieran vencedores y se echaran sobre mis posesiones. Comencé a enrollar sobre sí misma mi antigua sábana protectora y la pasé por encima de la viga sobre la silla roja. Hice un buen nudo que pasé alrededor de mi cuello y le di una patada a la silla. El resto es historia.



Nació en España en 1972. Reside en Panamá desde 1984. Poemario: **Un grito de silencio**. Es pintora y fotógrafa.